

obra, alcanzó esta tan alta teología. Porque esto fué decir lo que dijo Dios por el profeta Oseas (e): Conocimiento de Dios quiero mas que sacrificio. Porque este conocimiento es principio y fundamento de todas las virtudes, como ya está dicho.

Pues siendo esta materia tan provechosa para levantar nuestros entendimientos al conocimiento de nuestro Criador, no será fuera del intento que en esta primera parte seguimos, tratar un poco desta obra, para que por ella veamos siquiera algo de lo que este filósofo gentil veía: aunque esto no será prosiguiendo á la larga esta materia (porque esto sería cosa infinita, y ajena de nuestra profesion); bastarnos ha apuntar las cosas mas comunes, y mas fáciles de entender, y en que mas resplandece la sabiduría deste divino artificio.

CAPITULO XXIV.

De la fábrica y armaron del cuerpo humano sobre los huesos.

La órden de proceder requeria que tratásemos primero de la fábrica y armaron del cuerpo humano (que consiste en el asiento y órden de los huesos de que él está compuesto); mas hay en esta materia tantas sutilezas y secretos, y tantas maravillas, que ni yo las sabría declarar, ni el lector las podría entender. Porque aun los mismos que de propósito estudian esta facultad, no se contentan con lo que la doctrina les enseña, sino aprovechanse tambien de figuras y imágenes que la representan. Y ni aun esto les basta, sino pasan adelante á hacer anatomía en los cuerpos humanos recién muertos, para que no solo el entendimiento, sino tambien los ojos sean testigos y jueces de la doctrina. Donde se debe notar, que los antiguos médicos tenían por cosa de grande horror hacer esta experiencia en los cuerpos humanos, y por esto la hacían en los animales que se hallaban mas semejantes á ellos. Y para que se abaje la soberbia y vanidad de los gentiles hombres y mugeres, y vean de qué se vanaglorian, sepan que los cuerpos que los antiguos hallaron mas semejantes á los nuestros (aunque sea vergüenza decirlo) fueron los de las monas y puercos. Y así Galeno que mas divina y largamente trató esta materia, se rigió en todo lo que escribió por la fábrica de los cuerpos de las monas. Y por esto es agora corregido por los nuevos anatomistas; los cuales hallaron por experiencia que en algunas cosas se diferencian nuestros cuerpos de los destes animales.

Así que por ser esta materia tan varia y de tanta sutileza, no me debo entremeter en ella; puesto caso que no hay en ella hueso alguno grande ni pequeño que no esté predicando la sabiduría y providencia del Criador, que esto trazó. Solamente diré, que la armaron del cuerpo humano se compone de muchas piezas, y es todo como hecho de gonces, para que así pueda el hombre jugar de todos sus miembros, y menearlos sin dificultad. Y no piense nadie que son pocas estas piezas; porque (como arriba tocamos) son muchos estos huesos, los cuales todos están enlazados unos en otros, con unas encajaduras tan ajustadas y proporcionadas, y tan perfectamente compasadas que ninguno de cuantos entalladores hay en el mundo las pudiera hacer con tanto compas y perfeccion.

Y porque no se desencajasen los huesos proveyó el Criador de cuerdas tan firmes, y de tales ligamentos al derredor destas junturas, que no sea posible desencajarse un hueso de otro, sino con alguna grande violencia.

Pues todas estas encajaduras con sus cuerdas y ligamentos, junto con la figura de los mismos huesos tan proporcionados y medidos para la consistencia y servicio del cuerpo humano, son voces que están predicando la sabiduría de aquel artifice soberano, que sin compas y sin regla, y sin algun otro instrumento trazó todo esto en las entrañas de una mujer, sin poner ella mano en esta obra.

Y si algun ejemplo hay con que podamos entender algo del artificio desta obra, es el que ya pusimos de la fábrica de un arnes tranzado, el cual acomodándose á los miembros del cuerpo humano, los cubre de piés á cabeza; y así tambien es compuesto de diversas piezas con sus junturas, para que pueda el hombre armado abajarse, y levantarse, y menear, y doblar los brazos, y apretar la lanza y la espada en la mano. En lo cual todo imita el arte á la naturaleza, en cuanto le es posible, porque en todo no puede. Lo cual (dejadas aparte otras ventajas) se conoce, viendo cuán pesada y dificultosamente manda sus miembros un hombre armado, y con cuánta facilidad se mueven los miembros del cuerpo humano (como se ve en los que corren, y voltean, y bailan), siendo mucho mayor el número de los huesos y junturas de nuestro cuerpo, que las piezas de cualquier arnes.

Puede tambien compararse esta fábrica con la de una casa alta, armada sobre dos columnas. Porque las piernas sirven aquí de columnas que sustentan todo este edificio, cuyas bases son los piés, sobre que ellas se sustentan, y lo demas es el edificio de la casa, el cual va trabado y enlazado con los huesos del espinazo que suben por las espaldas hasta lo postrero de la cabeza, todo hecho de diversas piezas, como una cadena de diversos eslabones, con sus maravillosas encajaduras, del cual proceden las costillas; así como en lo alto del edificio hay una viga principal, que toma de pared á pared, de la cual proceden las costaneras, ó las que llaman asnas, que sostienen la tablazon con que se cubre y remata el edificio. Pues sobre esta armaron de huesos extendió el Criador la carne y la piel para hermosura del cuerpo humano, así como despues de levantadas las paredes de una casa, la encalamos y guarnecemos, para que parezca mas hermosa. Porque el que trazó toda esta fábrica era tan sabio, que juntó en uno las dos cosas de mayor perfeccion y mas dificultosas de juntar, de cuantas hay, que son provecho y hermosura; y esto con tal primor y artificio, que lo mas provechoso es mas hermoso, y lo mas hermoso mas provechoso, como se ve en la fábrica y sitio de todos los sentidos y partes que vemos en los rostros humanos; los cuales, ni para sus officios, ni para la hermosura pudieran tener ni otra figura, ni otro sitio del que tienen. Sirve tambien esta armaron de huesos, no solo para la firmeza y estatura del cuerpo, sino tambien para amparar lo flaco con lo fuerte (como adelante veremos), que es tambien otra providencia deste supremo artifice. Enseñándonos en esto, que los grandes y poderosos en la República, han de ser no desolladores, sino defensores de los que poco pueden. Esto baste de lo que toca á la armaron y fábrica del edificio de nuestros cuerpos: agora comenzaremos á tratar de la obra de la nutricion con que ellos se sustentan.

CAPITULO XXV.

De algunos avisos generales que conviene presuponer para tratar de la primera facultad de nuestra ánima, que pertenece á la nutricion y sustentacion del cuerpo.

Antes que comencemos á tratar de la facultad del ánima vegetativa, conviene presuponer algunos avisos y documentos generales que sirven para la inteligencia desta facultad. Es pues agora de saber, que en nuestra ánima hay tres potencias ó facultades, de las cuales la primera es vegetativa, cuyo officio es nutrir y mantener el cuerpo, y otra que llaman sensitiva, que es la que nos da sentido y movimiento; y la tercera es la intelectiva, que nos diferencia de los brutos, y nos hace semejantes á los ángeles. Estas tres facultades dió el Criador á una simple substancia que es nuestra ánima: lo cual es una tan grande maravilla, como si hiciera una criatura que fuera juntamente ángel y caballo; pues nuestra ánima ejercita en nosotros los officios destas dos tan diferentes criaturas; pues ella entiende como ángel, y come y engendra como caballo. Por lo cual algunos filósofos no admitieron esto, antes dijeron, que estas tres facultades de nuestra ánima, eran tres ánimas, las cuales ellos ponían en diversos lugares de nuestro cuerpo, es á saber: la vegetativa en el hígado, y la sensitiva en el corazon, y la intelectiva en la cabeza; y esta postrera decia Platon que era el hombre, no consintiendo que una cosa tan baja como nuestro cuerpo, fuese parte esencial del hombre, sino una casa donde el ánima moraba, ó un candelero donde se ponía la candela encendida de nuestro entendimiento.

Pues conforme á esta division susodicha trataremos primero de la facultad del ánima vegetativa que tenemos comun con las plantas, que tambien viven y se mantienen como nosotros; y despues trataremos de las otras dos facultades del ánima que son la sensitiva y intelectiva. Este sea el primer presupuesto.

El segundo sea el que todos sabemos, que es ser necesario mantenimiento ordinario para conservar la vida. La razon desto es, porque el calor de nuestros cuerpos, mediante el cual vivimos, ese tambien no ménos es causa de nuestra muerte que de nuestra vida. Porque con su eficacia consume la substancia y las carnes del hombre, como lo vemos en los dolientes que por hastío ó por dieta no comen, los cuales á cabo de dias vemos flacos y desearnados. El ejemplo desto vemos en la lámpara que queremos que siempre arda: donde el ardor de la llama poco á poco va consumiendo el aceite que la sustenta. Por lo cual es necesario cebarla siempre para que siempre se repare lo que siempre se gasta. Pues lo mismo hace el calor natural en nuestros cuerpos, que la llama en la lámpara, el cual siempre gasta y consume nuestro húmido radical, y por esto conviene restaurar lo que así se gasta con el manjar que se come. Donde se ha de notar que deste manjar toma el cuerpo para sustentarse la grosura y aceitoso que hay en él. De suerte que si comeis una camuesa, sírvese la naturaleza de lo aceitoso della para restaurar lo que se perdió. Y porque nunca es tan perfecto lo que se restaura como lo que ántes habia, de aquí viene poco á poco el húmido radical á perder de su vigor y virtud; y cuando este del todo se menoscaba viene á acabarse juntamente con él la vida, si alguna dolencia ó violencia no se anticipó á darle mas temprano fin.

El tercero presupuesto es, que pues todo el cuerpo

con todas sus partes se ha de mantener, y á todas conviene que corra el mantenimiento, es necesario que en todo él haya caminos por do corra el mantenimiento, y los espíritus, y el calor á todas partes; y así lo trazó el Criador lleno de venas, y arterias, y niervos, dellos mayores y dellos menores para este efecto. De modo que él es como una ciudad que está toda llena de calles y de callejuelas para el paso y servicio de los que la habitan. Aunque no sé si es mas acomodado ejemplo el de una red muy menuda. Porque así está todo nuestro cuerpo entretejido y lleno, no de una sino de cuatro maneras de redes, como adelante declararemos. Lo cual se parece mas claro en las hojas de los árboles, mayormente cuando son grandes, en las cuales vemos tantos hilicos unos mayores y otros mas delgados que cabellos, que son la tejedura con que se sostiene y mantiene la hoja. Y no contento con esto ordenó el Criador que todo el cuerpo fuese, como los médicos lo llaman, transpirable, que es estar todo lleno de poros, para que haya comunicacion de unos miembros á otros.

El cuarto sea, que aquel sapientísimo artifice puso tres facultades necesarias en todos los miembros para su mantenimiento, que llaman atractiva, conversiva y expulsiva. Porque cada miembro atrae de las venas, que son acarreadoras del mantenimiento, lo que es necesario para su nutricion, y despues lo convierte en su substancia, y si tiene alguna superfluidad que no le convenga, despídela de sí. Mas entre estas tres facultades es mas admirable la primera, que es la atractiva. Porque como en aquella masa de la sangre vayan los cuatro humores de que están compuestos nuestros cuerpos, que son sangre, flema, cólera y melancolía, cada miembro; como si tuviese juicio y sentido, toma lo que conviene á su naturaleza, y no toca en lo demas. Y conforme á esto el hueso que es duro y sólido, el cual tambien se mantiene y crece como los otros miembros (segun que lo vemos en los huesos de los niños que van creciendo con la edad), toma de aquella masa el humor frío y seco; porque este le es mas natural y mas proporcionado á su substancia. Y así lo hacen todos los demas cada cual en su manera. Pónese para esto el ejemplo de la piedra iman, la cual teniendo á par de sí diversos metales, solamente atrae á sí el hierro dejados los otros. Pues el que dió tal virtud á esta piedra, tambien la dió á los miembros para que cada uno tomase para sí de aquella masa lo que fuese mas conforme á su substancia. Lo mismo vemos en la elección de los manjares que hacen los animales. Porque si pusiéredes juntos un pedazo de carne, y un poco de trigo, y otro de yerba, la oveja acudirá á la yerba, y el can á la carne, y la gallina al trigo. Pues quien dió á los animales este natural conocimiento del manjar que les conviene, dió tambien á los miembros este mismo instinto y naturaleza, para que tomase cada uno de aquella masa lo que mas le convenía.

El quinto sea, que en este nuestro cuerpo hay aquella hermandad que el Apóstol (a) tantas veces nos encomienda. Porque todos los miembros y sentidos sirven unos á otros, y todos al bien comun, que es á la conservacion del todo; mas esto con tal órden, que los ménos nobles sirven á los mas nobles; y así la primera digestion del manjar, que se hace en los dientes, sirve á la segunda que se hace en el estómago, y este á los intestinos, y estos al hígado, y el hígado al corazon y á todo el

(a) Rom. 12. 1 Thes. 4. Hebr. 15.

cuerpo, y el corazon al cerebro, que es el mas noble miembro (donde reside el senado y los cónsules, que son los sentidos exteriores e interiores), y así él tambien provee de sentido á todos los miembros: para que por este ejemplo se vea cómo la preeminencia y dignidad de los mayores, se ha de emplear en el gobierno y provecho de los menores.

Hay tambien aquí otra providencia del Criador: el cual no consiente que en esta su casa haya cosa desperdiciada y sin provecho, así como no quiso que hubiese en el mundo lugar vacío, ni consintió que los pedazos de pan que habian sobrado del milágo de los cinco panes (b) se perdiesen. Pues por esto de tal manera trazó el gobierno de nuestros cuerpos, que lo que en una parte sobraba como superfluo, en otra fuese necesario: como lo vemos en la melancolía que desecha el hígado, la cual sirve de mantenimiento para el bazo, que es miembro ménos noble: como vemos en las casas de los ricos, donde los criados se mantienen de lo que sobra de las mesas de sus señores. Y lo mismo vemos en las otras superfluidades que despide de sí el hígado y el estómago.

Sobre todo lo dicho se ha de advertir otra cosa, que no ménos declara el consejo de la divina Providencia, y es que, como Aristóteles dice, no hace la naturaleza, esto es, el autor della, sus obras semejantes á un cuchillo que habia en la isla de Delfos, el cual servia de muchos oficios e instrumentos, sino para cada oficio ordenó su propio instrumento, los ojos para solo ver, los oídos para oír, las narices para oler, etc. En lo cual se ve la realza desta casa de nuestro cuerpo, que el Criador fabricó para morada de nuestra ánima, como para cosa criada á su imágen y semejanza. Porque vemos que en una casa de un escudero ó de algun pobre hidalgo, muchas veces no hay mas de uno ó dos criados que sirven de todos los oficios de casa; mas en la casa de un rey vemos que hay gran número de oficios y de oficiales, diputados cada uno para su oficio. Porque como el rey es rico y poderoso, tiene facultad y caudal para sustentar todo este número de oficiales. Pues aplicando esto á nuestro propósito, ninguna casa real ha habido en el mundo, aunque fuese la de Salomon que tan grande espanto puso á la reina Sabá (c), que tantos oficiales tuviese cuantos tiene la casa real de nuestro cuerpo, que el Criador fabricó, segun está dicho, para morada de nuestra ánima; en la cual siendo tantos y tan varios los oficios, no se hallará un oficial que tenga dos oficios juntos, sino cada uno el suyo. Y si alguno parece tener mas que uno, es por razon de la diversidad de partes que hay en él. Esto se ve no solo en los cinco sentidos exteriores, sino mucho mas en los miembros interiores. Y así él fabricó el estómago para cocer el manjar, las tripas para recibirlo y purgarlo, el hígado para hacer la masa de la sangre, el corazon para criar los espíritus de la vida, los sesos del cerebro para criar los espíritus animales, las venas para repartir la sangre, las arterias para llevar los espíritus vitales, y los niervos para repartir los animales, y así otros muchos que pudieramos aquí contar. Lo cual todo sirve no solo para declarar la órden de la divina Providencia, sino tambien para instruccion y fundamento de la medicina. Porque entendida la calidad y condicion de las partes del cuerpo, y la dependencia que tienen unas de otras, saben los médicos dónde han de aplicar las medicinas, y en qué lugares han de mandar hacer las sangrías,

(b) Ioann. 6. (c) 3. Reg. 10.

y dónde han de dar el cauterio de fuego, con lo demas. Porque ya hemos visto curarse un gravísimo dolor de ciática que estaba en el cuadril del muslo, dando un cauterio en el oído, por la dependencia que hay desta parte superior á la otra inferior.

Presupuestos agora pues estos documentos generales, descenderémos á tratar del uso y oficio de las principales partes de nuestro cuerpo, para que veamos cuán perfectamente sirven á la facultad del ánima vegetativa, que es á la sustentacion de nuestra vida. Y en la acomodacion y proporcion destas partes para este fin, verémos claro el artificio y sabiduría de la divina Providencia que esto trazó y ordenó.

CAPITULO XXVI.

De los miembros necesarios para la digestion y purificacion del manjar.

Pues como sea necesario el mantenimiento para la conservacion de nuestra vida, proveyó la divina sabiduría de muchos y diversos oficiales para este género de alquimia, si así se puede llamar; porque para una mudanza tan grande como es hacer de pan ó de cualquier otro manjar carne humana, eran necesarios muchos oficiales y muchos cocimientos y alteraciones del manjar, para que dejada su propia forma se mudase en nuestra substancia.

Pues la primera digestion y el primer oficial que la ha de hacer es la boca, la cual digestion es tan necesaria, que, como dicen los médicos, el yerro de la primera digestion no se corrige en la segunda: ca todos los miembros tienen sus oficios limitados, y son entre sí tan comedidos, que ninguno quiere usurpar el oficio del otro. Los instrumentos con que la boca hace esta primera digestion son los dientes. En cuya fábrica comienza ya á descubrirse el artificio de la divina Providencia, porque los que están en medio son agudos para cortar el manjar, y los postreros de un lado y de otro son llanos, como las piedras de un molino, para moler y desmenuzar lo que los otros hubieren cortado. Y aun otra particularidad hay en ellos, que no se debe echar en olvido, y es, que así como los molineros pican las piedras para que corten mejor el grano, en lugar desta picadura formó el Criador nuestras muelas no lisas, ni del todo llanas, sino con alguna desigualdad, que sirve de picadura, y esta tan firme, que moliendo siempre el manjar, permanece y dura cuasi toda la vida, sin tener necesidad de renovarse cada dia como la otra. Y porque hay algunos manjares duros y dificultosos de cortar, para esto formó los colmillos, que son mas recios, para vencer esta dureza y dificultad. Y porque para esto se requeria mayor firmeza, proveyó que tuviese cada uno tres raíces con que se encarnase en las encías, como quiera que los dientes delanteros, que son para ménos trabajo, no tengan mas que dos: para que por aquí se vea cómo á ninguna cosa por muy menuda que sea, faltó la divina Providencia. Sirve tambien para esta digestion la lengua como pala de horno, traspalando el manjar de abajo arriba, para que por todas partes quede molido y desmenuzado.

De la boca se sigue por la garganta un coladero ó garguero, porque así le llamaremos de aquí adelante, el cual atrae á sí el manjar ya molido, y lo lleva al estómago, que es el cocinero general de todos los miembros. Mas ántes que pasemos adelante, será necesario advertir que de la parte de nuestra boca mas vecina á la

garganta, proceden dos canales: la una es este garguero que decimos, por do va el comer y beber al estómago; el cual está siempre cerrado para que no entre aire ni frio por él, que impida el cocimiento de la digestion; pero ábrese y dilátase con el mismo manjar que el estómago atrae á sí. Mas la otra canal va á parar al pulmon, que es por donde respiramos y hablamos; y esta está siempre abierta, para que siempre respiremos por ella. Y por esto el Criador la hizo anulosa; porque es compuesta de unos círculos como anillos, aunque no toda, sino los dos tercios della, para que así esté siempre tesa y abierta para el oficio susodicho. Mas con todo eso á la boca desta entrada está una lengüeta tan delicada, y asentada con tal primor, que el mismo aire con que respiramos la abre y la cierra, como lo hace el agua de la marea en la compuerta de los molinos de la mar, cuando sube y cuando baja. Y sirve esta lengüeta para que no entre por la caña del pulmon algun polvo ó aire destemplado, que pueda hacer algun daño.

Mas preguntará alguno: ¿por qué razon los dos tercios desta canal son anulosos, y el otro tercio no, ántes es de una materia blanda y flexible? Aquí comienza ya á descubrirse el artificio de la divina Providencia, que de nada se olvidó. Porque si toda esta canal fuera anulosa y estuviera tesa sin doblarse, pudiera un hombre ahogarse con un bocado grande. Mas siendo el un tercio blando por la parte que se junta con el coladero que decimos, dilátase y da amor de sí, para que el bocado pueda pasar sin este peligro.

Mas otra providencia hay aquí mas admirable; porque preguntará alguno, si la canal que va á parar al pulmon, ha de estar abierta, podrá entrarse por ella el manjar ó el beber, y ahogarse ha el hombre. Porque por experiencia se ve, que si una sola gota de agua entra por ella, nos vemos en aprieto y todo se nos va en toser para echar fuera lo que por allí entró. Pues ¿qué remedio para esto? Halló aquella infinita sabiduría.

Para lo cual habemos de presuponer que esta canal está por la parte superior continuada con el coladero. De donde viene á ser, que cuando el estómago atrae á sí el bocado ya mastigado para abajo, abájase juntamente con él este coladero; y cuanto mas este se abaja, tanto sube hácia arriba la canal del pulmon: así como acaece cuando están dos cubos de agua atados sobre un pozo, donde vemos que cuanto mas tirais para abajo el uno, tanto mas sube para arriba el otro; y subiendo este para lo alto, hace que ninguna cosa ni de lo que se come ni bebe entre por él. Lo cual puede experimentar el prudente lector, cuando á este paso llegare, poniendo la mano en la nuez que tenemos en la garganta, y tragando la saliva. Porque luego verá cómo este hueso se levanta; y sube á lo alto junto con la canal que está pegada con él. Esta es una de las singulares obras deste artifice soberano, que halló camino para lo que nuestro ingenio no pudiera alcanzar, trazando estas dos canales de tal manera, que este coladero de una via hiciese dos mandados, llevando el bocado para abajo, y haciendo que la cabeza de la canal del pulmon subiese hácia arriba, para que desta manera ni lo que se come ni se bebe entrase por ella, y ahogase al hombre. Para lo cual tambien sirve aquella lengüeta que dijimos estar á la boca desta caña, para que nada desto entre por ella.

Mas volvamos agora al estómago, el cual comienza luego á alterar el manjar que recibe y á darle otra for-

ma, y aquí se hace la segunda digestion. Y porque esta no se puede hacer sin calor y sin fuego, sirve para esto primeramente el corazon, que es su vecino, y es miembro calidísimo, y así influye calor en esta olla del estómago. Y sirve tambien otro vecino, que es el hígado; el cual asimismo es miembro caliente. Y lo que es mas admirable, sirve tambien la cólera, que es como fuego para esto. Porque de la vejiguilla donde ella está, va una vena por do esta cólera camina á dar calor al estómago. El cual está compuesto de dos túnicas.

Y esta cólera entra por aquella vena entre la una túnica y la otra; y así, como un leño encendido, se pone debajo del suelo desta olla para darle calor. Pues ¿quién no adora aquí al autor desta singular providencia? Tambien todos los miembros, como si tuvieran sentido para conocer que el estómago guisa de comer para todos ellos, así ayudan á este cocimiento con su propio calor. Y de aquí es que acabando de comer se nos enfrían los pies y las manos, porque el calor destes miembros va á ayudar al cocimiento del manjar con que ellos se han de mantener. Y esto se hace mediante una facultad que los médicos llaman virtud regitiva, ó regidora, de todo el cuerpo; la cual es como mayordomo mayor desta casa real donde nuestra ánima mora. Y esta es la que hace estas aplicaciones y otras obras semejantes que se requieren para la conservacion de nuestra vida.

Deste segundo ventrículo del estómago va luego el manjar á los intestinos, que son las tripas. Y destas sale gran muchedumbre de venas muy delgadas, las cuales se van ensanchando y ramificando de tal manera, que vienen á parar en un tronco, que es la vena que llaman porta; la cual viene á fenecer en la parte baja del hígado. De modo que ella tiene la misma figura que un árbol; sino que la diferencia está en que en el árbol sube el humor de las raíces y tronco á las ramas; mas aquí por el contrario, sube el licuor del manjar de las ramas al tronco; las cuales cuanto están mas vecinas á los intestinos, tanto son mas delgadas. La causa es porque no entre ni vaya por ellas al hígado (donde se hace la tercera digestion) cosa gruesa, sino muy líquida. Y para esto sirve el beber, para hacer mas líquido y ralo el manjar, para que así pueda colarse por estas venas tan delicadas.

§. I.

Oficio de los intestinos, y causas de los excrementos.

Pues volviendo al propósito, por estas venas tan delgadas que nacen de los intestinos, especialmente de los mas vecinos al estómago, atrae á sí el hígado el manjar ya digesto y cocido, dejando en los intestinos lo ménos puro y mas grueso para mantenerlos. Porque como ya dijimos, no se desperdicia nada en esta casa de Dios, y así lo que es superfluo para un miembro es necesario para otro. Y para que esto se pueda mejor hacer, ordenó aquel artifice soberano, que estos intestinos tuviesen tantas vueltas y revueltas (porque tienen mas de sesenta palmos en largo), para que en tan largo trecho haya tiempo para atraer el hígado á sí todo lo que fuere de provecho; demas de ser esto necesario para la vida política del hombre. Porque á no haber mas de un intestino corto, ni se pudiera el hígado aprovechar bien del manjar, y así el hombre siempre padecería hambre; y á cada paso tendria necesidad de purgar el vientre. Mas